

completamente borrachos, se comprenderá el estado de desmoralización del ejército del Káiser. Numerosos destacamentos de infantería son hallados en los bosques, donde han sido abandonados por el grueso de las tropas en su huida sin orden.» Y una nota del gobernador de París agrega: «Los prisioneros producen una impresión de desaliento, de fatiga y de hambre. Los caballos están extenuados.»

Que todo esto cause un inmenso regocijo en el alma de Francia, se comprende. Una lucha como la actual, de la que depende la vida o la muerte del país entero, no deja lugar a la sentimentalidad piadosa. Mas nosotros, los que, a pesar de nuestras simpatías, no perdemos de vista lo que hay de terrible en el juego trágico del Destino, no podemos defendernos contra profundas sensaciones de lástima y de angustia. Lo mismo que el gran Federico, cuando lloraba al ver sus magníficos regimientos, pensando que la metralla podía diezmarlos, los espectadores de la campaña pensamos en lo que eran ayer las huestes que hoy desfallecen. ¡Ah, los maravillosos batallones que atravesaron Bruselas al paso de paradal ¡Ah, los soberbios granaderos de la Guardia, cuyos corceles galopaban por los campos de Flandes! ¡Ah, los fieros capitanes que salían de Prusia a principios de agosto, seguros de la victoria! Un mes ha bastado para castigar el orgullo y la arrogancia de tan admirable máquina de guerra. Poco importaría esto, en el fondo. Lo lamentable es que, entre los cuadros de los militares profesionales, es el pueblo mismo el que cae, el que sufre, el que sangra. Para poder formar un ejército de tres millones de soldados, Alemania ha recurrido a contingentes de niños y de ancianos. En los campos donde los prisioneros aguardan, resignados, el fin del conflic-

to, hay muchachos de diez y ocho años, y también hay hombres ya canos. Animados por la esperanza, estos seres sentían palpar en sus pechos las grandes pasiones guerreras de su raza. Derrotados y hambrientos, vuelven a ser lo que eran antes, pobres individuos de un rebaño que sufre, que no odia, que casi no comprende las causas del drama en que toma parte. Los mismos oficiales cautivos que hasta ayer asombraban a los franceses con su altivez indomable, al enterarse hoy del desastre del Marne, han inclinado la cabeza como abrumados por una catástrofe imprevista. «No parecen los que vimos llegar», dice un telegrama de Toulouse. Y yo pienso, cuando leo estas palabras, en el primero de todos ellos, en el gran capitán prusiano, en el magnífico Káiser de todos los misticismos y de todas las soberbias; pienso en sus últimas noches, pienso en las angustias de su corazón indómito, pienso en su frente abatida.

Cuando yo desempeñaba en Berlín un cargo diplomático, asistí, un día 20 de enero, al oficio divino que se celebra todos los años en la capilla de Postdam para conmemorar el aniversario de Su Majestad. El Emperador, rodeado de sus mariscales, de sus reyes vasallos, de sus príncipes feudatarios, ocupaba el centro del santo recinto. Frente a él, en un púlpito, un sacerdote de la corte pronunciaba un sermón lleno de adulaciones guerreras. El Káiser, según aquel ministro del Señor, era algo así como el brazo armado de Dios sobre la Tierra. A mi derecha, un viejo plenipotenciario oriental murmurábame al oído: «No hay sultán, no hay emir, no hay cha que sea capaz de oír sin protestar lo que este pastor dice.» Guillermo II, empero, permanecía siempre erguido, contemplando con serenidad impasible al predica-

dor, y sólo de cuando en cuando, al oír el nombre de su «viejo Dios», inclinaba ligeramente la cabeza. Mejor que en sus discursos medioevales, comprendí entonces la absoluta, la increíble sinceridad con que este hombre del siglo XX cree aún en la misión divina de los soberanos en general y de la suya en particular. El mismo Barbarroja no debe haber tenido, cuando dominaba al mundo en nombre del Cielo, una noción más terrible y más tranquila de su divino poderío. Su actitud ante Europa coligada acaba de demostrarlo. «Puesto que osáis levantar la cerviz contra mí — dijo a Rusia, a Francia, a Bélgica y a Inglaterra —, os obligaré a inclinarla de nuevo.» Y no hay duda de que, en su vértigo de omnipotencia, figuróse, al sacar su sable, que, con la ayuda de Dios, de su Dios, lograría obtener un triunfo igual al de su abuelo.

Ahora bien: ¿qué puede pasar en el alma de este maravilloso soberano de otra época, nacido por un lamentable error en nuestro tiempo? El buen Renán dijo un día que deseaba no morir antes de ver en qué paraba el Imperio germánico en manos de Guillermo II. ¿Preveía acaso el historiador de Salomón y de David lo que hoy pasa? No es probable. Para haber llegado Europa a sentir la necesidad de formar la alianza actual, ha sido necesario el desencadenamiento militarista de estos últimos años. Quizá en lo que pensaba Renán era en algo que no se hubiera nunca atrevido a confesar a sus compatriotas: en una resurrección del Imperio occidental, con el joven Káiser místico como jefe. En Alemania, más de un sabio ha acariciado este mismo sueño.

Y he aquí que, de pronto, después de una batalla, la sublime ilusión de todo un pueblo hipnotizado por un hombre se desvanece entre el humo de los cañones.

¡Qué obscura debe ser a estas horas el alma del Emperador! Las palabras de Inglaterra, que ayer le hacían reír, hoy deben sonar en sus oídos con fantásticos acentos. «Las locuras criminales de la casta militar germánica — dice un ministro de la Gran Bretaña — han producido, al fin, su resultado. Alemania creía inspirar pavor, y lo único que ha hecho es crear un odio terrible con sus atrocidades. Ha unido a todas las naciones libres en una santa alianza invencible, que se propone acabar de una vez, a cualquier precio, con ese azote de Europa que se llama el militarismo, y con ese otro azote, peor que todos los jefes de las hordas antiguas, que se llama el Káiser.» Si; ya no puede reír Guillermo II al oír estas duras palabras.

¿Me decís que la guerra no ha terminado todavía, y que mañana puede traer un nuevo triunfo para los vencidos del Marne?... ¿Me recordáis que ayer las tropas que retrocedían eran las francesas, y que mientras queda un soplo de fuerza en un país, su destino es desconocido?... ¿Me recordáis ejemplos de situaciones más tristes que la actual y que fueron, no obstante, auroras de victoria?...

Está bien. Lo que el mañana reserva a Europa nadie lo sabe. Por imposible que parezca la salvación del Imperio germánico, hay que decir, como los cristianos de antaño, que todo está en las manos de Dios. Mas aun figurándonos que la faz de la suerte cambie de nuevo, nada, jamás, borrará del corazón de Alemania y del corazón del Káiser el dolor y la humillación de esta semana. Porque no hay que olvidar la proclama del generalísimo Tullf von Tschepe und Weidenback confesando que «la totalidad de las fuerzas alemanas» se empeñaban en una batalla de la cual dependía «todo».

¡Ah! ¡Y para hacer más grande el escarnio, el choque se ha producido en las puertas mismas de París, de ese París que es la Meca de las ilusiones germánicas, de ese París odiado y codiciado! «El Emperador — aseguraba hace una semana la prensa suiza — transporta su campamento hacia un punto donde espera la noticia del ataque de los fuertes parisienses.» Dado su orgullo y su confianza, lo que de seguro esperaba era un boletín de victoria, un llamamiento lírico para penetrar bajo el Arco de la Estrella e insultar de nuevo a la sombra de Napoleón. Y he aquí que, en vez de esto, sus ojos no ven sino un inmenso campo, por el cual corren, deshechas, sin fuerzas, sin aliento, maldiciendo tal vez su nombre, las huestes que llevaban su fortuna y su esperanza.

Que otras acciones de guerra le devuelvan su poderío, puede ser. Que se le olvide jamás la aflicción y la pena de hoy, eso no. Recordad a Víctor Hugo:

L'Empereur est égal à l'aigle sa compagne.
A la place du cœur il porte un ecusson!

Un escudo, sí, un escudo en el cual se graban para siempre los golpes que la lanza enemiga da al orgullo, a la soberbia, a la altivez guerrera.

Las cartas del muerto.

21 de septiembre.

Orgullosamente, la pobre mujer enseñaba cada semana la carta que su *petit* le escribía del campo de batalla. En el barrio, a la hora del descanso, todas las tenderas y todas las porterías la rodeaban para admirar las frases del héroe. No tenían nada de heroicas, sin embargo, las epístolas aquellas. En una hoja amarilla el soldado ponía con mano torpe: «Todo va bien; no nos falta nada; espero verte pronto para no abandonarte más.»

Pero la gente que lo conocía, que lo había visto siempre alegre, siempre decidido, siempre fuerte, suplía con hipótesis guerreras el laconismo impuesto por la disciplina.

— ¡Ese sí que ganará algunos galones! — aseguraban todas.

Y viendo luego en los periódicos las noticias de las batallas, agregaban:

— Aquí debe de haber estado el *petit*.

La pobre madre, en medio de su orgullo, contentábase con murmurar, contemplando largo rato el papel último:

— ¡Con tal que Dios me lo conserve, no quiero nada más en el mundo!

El *petit* era todo para ella. Viuda y obrera, habíase sacrificado trabajando día y noche para darle una buena educación. Él quería ser carpintero, y ganar pronto su

vida. Ella no lo permitió. ¡Ah, no! Era necesario que fuese algo mejor, algo superior.

—*Chauffeur!*—dijo él un día.

Ella movió la cabeza negativamente. Los automóviles, con sus accidentes, la llenaban de espanto. Además, la raza parlera y gritona de la gente de pescante no era de su devoción.

—¿No ves que no tengo más que tú en el mundo?—murmuraba.

Al cabo de largas meditaciones, ambos se pusieron de acuerdo sobre el porvenir. Sería cajista; entraría en la aristocracia del proletariado; trabajaría en las imprentas, componiendo libros sabios. Un poco de la aureola de los grandes autores parecióle desde luego a la anciana que iluminaba la cabeza de su *gosse*. Y todas las noches, al volver del taller, el *gosse* hablaba, bajo la lámpara humilde, de sus proyectos grandiosos.

—Dentro de un año—decía—ganaré doce francos diarios... Sí... Hay muchos que los ganan... Con las linotipias es fácil hacer mil líneas... Los amos me tienen simpatía...

Entonces, la infeliz mujer, que jamás había logrado ganar más de tres pesetas cotidianas cosiendo desde la aurora hasta el crepúsculo, sonreíale beatamente. Una sola sombra solía empañar sus ensueños soberbios de futura existencia lujosa.

—Te casarás.

Pero él, siempre alegre, siempre bromista, echábase a reír. ¡Casarse siendo tan guapo, tan ligero, tan joven! Eso nunca. ¿No se casan los demás?... Pues con las mujeres ajenas hay bastante para los que no piensan en el himeneo...

—¡Ave María! ¡Qué cosas dicen los muchachos de

hoy!... Parece que no fueran cristianos... No hay que codiciar la mujer de tu prójimo...

En medio de sus buenos consejos, la idea de que renunciara al matrimonio, aunque no hiciera votos de castidad, alegraba el alma egoísta y tierna de la viejecita. Al fin y al cabo, era su hijo, era su *petit*, era la carne de su carne... Las muchachas guapas y coquetas que, al pasar por la calle, lo miraban, hacíanla temblar como si fueran ladronas. Pero la buena risa del *gosse* tranquilizábala siempre.

—¿Las mujeres?... Que las lleven los demás a la vicaría... Yo me contento con llevarlas al café...

Al fin, un día, las bromas terminaron. Los carteles de la movilización pusieron serios todos los rostros. Era necesario partir, como los demás.

—¡Que se haga la santa voluntad de Dios!—gimió la madre, ocultando sus lágrimas.

—Lo que me anima—contestóle el chico—es que no te quedas sin nada. En la Alcaldía te darán todos los días siete reales, como a las demás... La guerra no será larga.

Y tratando de bromear, concluyó:

—Si me hacen capitán, te compro un fonógrafo.

—Lo que te pido es que me escribas.

Y todas las semanas, todas las semanas, el papelito amarillo llegaba. Era la única correspondencia de la infeliz. «Todo va bien; no nos falta nada...» A ella tampoco la faltaba nada, en su miseria, puesto que el Cielo conservábala su tesoro, su razón de ser y de vivir. Los domingos, para pagar su deuda santa, robaba la mañana al trabajo y se iba hasta Nuestra Señora de las Victorias, allá, muy lejos, muy lejos, en pleno centro, y oraba, oraba y lloraba, y encendía un cirio...

Una tarde, hace poco, en vez de la carta amarilla, recibió una azul, con un sello. Era la noticia escueta que mandan los alcaldes a las que se quedan huérfanas o viudas. *Mort au champs d'honneur*. ¡Un boletín de gloria!... Ella no comprendió... Sus ojos secos se quedaron clavados en el papel horas y horas. «Muerto en el campo de honor...» «Muerto por la patria...» ¡La patria!... Su patria, su honor, su vida, todo era él... En su alma sumisa no hubo, sin embargo, ni una blasfemia... No hubo nada, no hubo más que un vacío...

Los vecinos, más curiosos, vieron mejor el papel del alcalde. Había muerto en agosto... Su última carta, no obstante, era de septiembre... ¿Cómo podía explicarse aquello?

De pronto, en la casa enlutada oyóse el paso pesado del cartero, que llevaba el papel amarillo. Lívida, la madre lo abrió. Estaba fechado de la víspera, y decía: «Estoy bien...; nada nos falta...»

Todos se miraron estupefactos... Todos corrieron hacia el Ministerio... Todos telegrafieron al capitán.

No había muerto, puesto que escribía...

¡Ay! La respuesta tardó poco en llegar. Sí había muerto, sí; había muerto en la primera batalla heroicamente, alegremente, como mueren los obreros de París. Pero, antes del combate, había escrito diez cartas iguales para su madre y se las había dado al capellán de su regimiento, diciéndole:

— Aunque yo no vuelva, póngalas cada semana en el correo, padre...

La aurora de una nueva Alemania.

23 de septiembre.

Verdaderamente, yo no me canso de admirar la actitud del pueblo francés. En otra parte, el país entero habría celebrado la victoria del Marne como la más grande que ha habido en la Historia. ¿No conmemoran todavía cada año los alemanes su triunfo en Sedán con músicas y cortejos y fuegos artificiales?... Es más: ¿no hay una campana en Venecia que todas las noches, desde hace cuatro siglos, repica alegremente para festejar la derrota de los infieles en Lepanto?... Con mayor razón se hubiera comprendido que aquí, donde durante cuarenta y cuatro años se ha esperado este momento, algo de ingenuo y de ruidoso, algo de populachero y de nacional, algo de noblemente teatral, en fin, señalase el gran día. Pero nada: ni un canto de Marsellesa, ni una bandera flotando sobre un grupo de cabezas exaltadas, ni una linterna japonesa en los balcones de un Municipio, ni un discurso, ni un grito... ¡Qué digo! Los mismos periódicos, atizadores sempiternos del fuego patriótico, lejos de dar consejos de orgullo, recomiendan la discreción.

«Calma y sangre fría, sobre todo en el éxito», se titula el artículo de Hanotaux. Y el artículo de Albert de Mun, en el *Echo de Paris*, termina así:

«El triunfo del Marne no es una solución; es el primer acto de una faz nueva del drama.»

Y, como siempre desde que principió la guerra europea, tenemos que recurrir a la prensa inglesa si queremos oír una trompeta lírica celebrando las batallas francesas, los heroísmos franceses, la alegría francesa. El *Times*, el *Daily Telegraph*, el *Globe*, el *Daily Mail*, todos los diarios de la City, publican relatos entusiastas de las grandes jornadas del 7 al 10 de este mes.

«Los alemanes — dice el *Daily Telegraph* — no marchaban en su retirada, sino que corrían. Su caballería ha sido destruída por completo. Cuando se rinden es por rebaños enteros. ¿Qué desastre tan formidable es el que así hace huir a un millón de hombres? Un día lo sabrá la Humanidad, y entonces su asombro será inmenso.»

Pues bien: en Francia nadie ha empleado un lenguaje como éste. Se ha dicho, sin duda, la importancia del combate y de la victoria. Pero sin flores de retórica, sin redobles de tambor, casi sin elocuencia. Y es que, o mucho me equivoco, o el militarismo alemán, con sus bellos ritos vagnerianos, con sus perpetuas fanfarrias, con su derroche de grandes frases, con su lujo de estandartes y de conmemoraciones épicas, ha puesto en ridículo, ante el sutil espíritu de los viejos galos irónicos, al aparatoso dios de las victorias.

En otros tiempos, puede que los oficiales franceses hayan tenido aires petulantes, como casi todos los hombres que llevan charreteras. Hoy no hay uno solo que alce con vanidad la cabeza, creyéndose superior a los paisanos. En actitud sencilla, como soldados de la democracia y no como adalides privilegiados, fraternizan con la población civil de una manera que a los germanos no se les podría ni siquiera explicar. Blasco Ibáñez

veía ayer con extrañeza en un rinconcillo del café a un capitán que bebía y charlaba con un simple soldado.

— En Alemania —decíame—, en los cafés en que entran los oficiales no pueden penetrar los soldados.

Sí. Sólo que esto no es Alemania. Esto es, en todo, lo contrario de Alemania. Éste es un pueblo sin solemnidad, sin pompa, sin aire grave, sin deseos de asustar al mundo. Le hacen la guerra y se defiende. Por voluntad, más que por instinto, ha logrado, a pesar de las ideas de uno de sus partidos políticos poderosos, crear un ejército fuerte, con una organización admirable. Pero ahora mismo que ese ejército comienza a triunfar, lo primero en que el país entero piensa es en que debe llegar pronto el instante anhelado de suprimirlo, de desarmarlo...

¡Ah! ¡Claro que no se trata de locuras ideológicas inspiradas por el pacifismo! No. Contando con la victoria definitiva, Francia se preocupa de imponer el desarme general a Europa, que se muere de su propia fuerza. ¡Nada de ejércitos inmensos! ¡Nada de países enteros perpetuamente en armas! La derrota de Alemania debe significar, ante todo y sobre todo, la ruina del espíritu de casta militar, la ruina del endiosamiento de los nobles de sable, la ruina del misticismo de la fuerza, la ruina de la mentalidad de hierro. Y en tal sentido, puede asegurarse que esta guerra será la libertadora de la propia Alemania, que vive desde hace medio siglo bajo la obsesión de sus galones.

«Pienso—dice Warrington Dowson— en los siete millones de germanos que, huyendo del perpetuo punta-pié militar que recibe el pueblo en el trasero, han tenido que refugiarse en los Estados Unidos y que no se han movido al llamamiento de la madre patria, y les comparo con los millares de franceses de Nueva York, que

han corrido hacia su pueblo natal para empuñar las armas. Y me pregunto: ¿Qué diferencia hay entre estas dos razas? ¿Por qué los unos acuden al son del clarín y los otros permanecen quietos? Y lo único que puede explicarme tal fenómeno es la convicción de que todo alemán que ha vivido en la atmósfera democrática de América siente la vergüenza y el horror de ser de un país esclavizado por una estrecha casta militar.»

Yo, por mi parte, pienso en toda la Alemania laboriosa, activa, sabia, culta; en la Alemania del comercio y de la industria, en la Alemania de las Universidades, en la gran Alemania, que construye, que inventa, que transforma, que medita, que siente. Y al invocarla respetuosamente, celebro la aurora del imperio del sable, sin sable.

Figuraos, en efecto, lo que será una Germania liberada de su yugo de acero, de su disciplina de acero, de su alma de acero. Antaño, según los libros, algo así existió, y de ahí nos vienen las baladas melancólicas, las viejas leyendas de duendes y las nobles soñaciones de los maestros de la Metafísica. ¡Ahl, patria de Kant, de Mozart, de Hoffmann, de Schiller, quizás vuestro triunfo se halle en la gran derrota que sufrió ayer, en las orillas del Marne, la otra patria germana, la de Moltke, la de los *hobereaux* orgullosos, la de los militares endiosados, la de Krupp y la del teniente Forstener!

La preparación de la guerra.

24 de septiembre.

Con una energía de lenguaje poco protocolaria, un ministro inglés acaba de anatematizar el sistema alemán de espionaje en tiempo de paz. «Los repugnantes oficialitos de Berlín — ha dicho — venían a Inglaterra a pasar sus vacaciones, para saber dónde había buenas aguas, dónde había una herrería, dónde podían encontrar abundantes provisiones, y todo lo apuntaban para informar a sus superiores.» Comentando y ampliando esta acusación, el *Times* publica un artículo con datos interesantes y precisos. «Hace algunos años — dice —, antes de la *entente* con Francia, algunos de nuestros oficiales entraron en relaciones con el servicio alemán de información, y aprendieron muchas cosas de él. En aquellos tiempos, hace unos veinte años, la red alemana abarcaba una gran distancia. Llegaba hasta América, donde sus agentes actuaban bajo el aspecto de comerciantes, y en muchos casos adquirieron carta de naturaleza para encubrirse mejor e inspirar confianza.

»Todo este sistema fué ya descubierto durante la guerra del 70, y con tal indolencia hemos procedido, y también otros pueblos, que hemos consentido que el procedimiento se renueve a expensas nuestras, y las leyes para reprimirlo han sido, y son todavía, del más

infantil e impropio carácter. Un hombre que vive entre nosotros y que intriga contra nosotros debe ser ahorcado.

»El importe total del dinero que los alemanes han gastado en este sistema debe haber sido positivamente colosal. Cuando el servicio de espionaje coge a algún personaje entre sus hilos, o soborna a algún hombre de confianza en un departamento relacionado con la defensa nacional, entonces adquieren datos de valor por su dinero. Pero esto es lo excepcional. Si consideramos, mirando al pasado, los numerosos casos de espionaje alemán que se han descubierto en los últimos años, lo que más nos sorprende es la incompetencia de los agentes empleados, la futilidad de su labor y la estupidez que caracteriza todas sus operaciones. Hemos descubierto generalmente en esas miserables criaturas listas de preguntas para contestar a sus directores en Berlín, y es muy probable que hayamos aprendido más de los planes y pensamientos alemanes por esas sartas de preguntas, que los alemanes hayan aprendido de nosotros por las necias respuestas que sus incompetentes agentes obtuvieron en Bruselas, Ostende o Amsterdam, que suelen ser las bases de operaciones para cotizar ese género de noticias.

»En el gran Estado Mayor de Berlín, los países extranjeros están divididos en diferentes ramas del departamento que tiene a su cargo el servicio de información. Pero la actual obra de espionaje no la realizan esos centros, ni los agregados militares y navales, que serían tantos como bribones si espiasen, especialmente en Inglaterra, donde el servicio de esa índole, relacionado con el aspecto militar, debe ser una perfecta sinicura.

»El espionaje está en las manos del *Nachrichten Bureau*,

que ha tenido al frente, en tiempos pasados, al coronel Dame y al conde Waenke. Los agregados militares alemanes son, generalmente, competentes, y el comandante Ostertag, que ha residido en Inglaterra muchos años, era un hombre de capacidad, muy enterado, por sus constantes visitas a nuestras costas del Este, con los puntos que especialmente interesaban a sus superiores. Estos superiores, ellos mismos han visitado frecuentemente nuestras costas, bajo diversos pretextos, y por un camino o por otro, el Estado Mayor alemán conoce todo lo que ha querido saber, en detalle, acerca de nuestras defensas.»

Ahora bien: si así se quejan los ingleses, que se hallan, gracias a su situación geográfica, al abrigo de las invasiones, figuraos lo que Francia, Bélgica o Rusia tendrán que decir de los innumerables súbditos del Káiser que se dedican a lo que, en términos técnicos y suaves, se llama «el servicio de informaciones». De un modo general se va viendo poco a poco que no hay alemán que pierda de vista en el extranjero el interés de su país. Y claro que no me refiero a ese vago y vasto y noble interés que todos sentimos siempre en cualquier parte, cuando se trata de nuestra patria. No. Los alemanes, por instinto, llevan siempre a la emigración un espíritu terrible y admirable de preparadores de invasiones. El día mismo que la guerra fué declarada, los franceses se enteraron, con sorpresa, de que los grandes carteles que a lo largo de las rutas nacionales anunciaban el famoso caldo «Kub», constituían una verdadera red de itinerarios, destinada a guiar hacia los puntos estratégicos a un ejército. Luego, día por día, descubrimientos más estupendos se han ido haciendo. En las inmediaciones de Maubeuge, por ejemplo, existía, hasta hace

poco, una fábrica de máquinas agrícolas con líneas de ferrocarriles de vía estrecha y con grandes plataformas de acero. Nada tan pacífico en apariencia como aquel establecimiento. Y he aquí que de pronto se ve que las famosas plataformas estaban construidas de tal modo que los cañones de sitio se ajustan ahora de un modo exacto a sus carriles de hierro para dominar la ciudad. ¿Os parece esto extraordinario?... ¿Os asombra que un pueblo tenga la osadía de organizar fortalezas en un territorio ajeno en plena paz?... Pues lo más extraordinario es que desde hace años *Le Matin*, de París, había revelado todo esto. Leed, en efecto, lo que hoy dice este periódico: «Le 3 juillet 1911, en effet, nous avons expliqué comment les bois de Lanières, couvrant une superficie de près de 400 hectares, à 6 kilomètres de la place de Maubeuge, et appartenant à la famille de Luy-nes, venaient d'être mis en vente en quatre lots. Le plus important de ces lots, comprenant 228 hectares, échut en héritage aux enfants mineurs d'un notaire de cette ville, qui s'en était primitivement rendu acquéreur et qui venait de décéder.

»Le nouvel acheteur, sur les actes passés par un notaire d'Avesnes, avait signé : *Gilbert Marty, propriétaire à Bruxelles*. Mais *Le Matin* du 3 juillet 1911 fournit, après une enquête approfondie, cette explication inattendue :

»*Le véritable propriétaire du bois de Lanières est désormais M. Frederic Krupp.*

»... *Cette nouvelle, ajoutons-nous, est confirmée aujour d'hui par une note de la Gazette de Cologne, par une autre du Courrier de la Bourse, puis par les récentes circulaires d'une banque française de Nancy, sans parler de la Société Krupp elle-même, qui annonce la future ins-*

tallation sur le terrain des bois de lanières d'une industrie de matériel de traction.

»Il va sans dire que cette prétendue fabrique de locomotives a construit depuis lors, en même temps que des machines, toutes les plates-formes qu'il fallait pour équiper sur place l'artillerie impériale. C'était bien le moins qu'elle dût au meilleur client de la maison!

»Ainsi le tour était joué. Le piège était tendu.»

En Soissons, la sorpresa ha sido mayor aún. Una carrera de piedra que pertenecía, desde hace veinte años, a una Sociedad germánica, resulta ser una verdadera fortaleza con cúpulas blindadas cubiertas de tierra y con bases de piedra para una batería entera de piezas de sitio.

Salgamos ahora de Francia, y veamos lo que pasa por el Oriente. En un artículo de Eugène Fournal de hace dos años leo las líneas siguientes: «Los alemanes de Rusia pasan de dos millones, y no se establecen sin método, según las necesidades de la emigración, como los belgas y los españoles en otros países, sino que se organizan en verdaderos batallones en las inmediaciones de las líneas férreas y de los ríos. Lo que hay de inquietante en este plan, en esta acción, es que su movimiento obedece a direcciones determinadas de antemano, que es calculado y que se lleva a cabo con una osadía increíble en sus detalles. Un general ruso descubrió, poco ha, en el curso de ciertas maniobras, un humilde molino colocado en el paso estratégico de un río. Entró en él, y cuál sería su asombro al encontrar las piezas numeradas de un puente metálico alemán que en pocos minutos podía ser montado para permitir que un ejército franqueara el río. El dueño del molino era alemán, naturalmente. En otros sitios se nota que, por una

extraña casualidad, las granjas alemanas se hallan en las inmediaciones de las fortalezas rusas de la frontera prusiana, y a veces forman un círculo alrededor de ellas.»

Por una rara coincidencia, al mismo tiempo que Eugène Fournal hablaba de todo esto, un periódico parisiense, *L'Action Française*, hacía ver cuán peligroso era para Francia una célebre Empresa de lechería, cuyas granjas ocupaban los puntos estratégicos de una vasta región del Norte.

Mas en Rusia, lo mismo que aquí, la opinión pública, lejos de dar importancia a estos descubrimientos, consideraba con ironía lo que hasta ayer se llamó «la obsesión de los espías». «Algo de criminal hay en esa locura persecutoria — dijo un diputado —, pues expone a los pacíficos trabajadores alemanes a ser vistos con injusta hostilidad.»

Lo que en su mayoría eran los pacíficos trabajadores alemanes, los belgas lo han visto últimamente. A la cabeza de los batallones invasores, los buenos burgueses de Lieja, de Namur, de Bruselas, descubrieron con asombro a los prusianos que hasta algunos días antes habían vivido en Bélgica ejerciendo sus profesiones. «Nosotros, que habíamos llegado a creer que muchos de ellos eran ya casi nuestros compatriotas — escribe Benfool —, notamos de pronto que, aun aislados, aun casados con mujeres flamencas, nunca habían dejado de pertenecer a la formidable organización germánica que hace de todos sus miembros esparcidos por el mundo un peligroso y compacto cuerpo disciplinado militarmente.»

Lo que es esta disciplina, un diputado alemán de Alsacia, el abate Weterlé, lo dice con clara franqueza en las líneas siguientes: «El alemán no puede divertirse

libremente. Siempre pertenece a algunas Asociaciones jerarquizadas. Bebe por orden, entona cantos patrióticos a intervalos previstos: un rito complicado preside su existencia dentro y fuera del país. El simple burgués, el comerciante, el obrero, todos, en suma, viven dominados por una disciplina rígida. Los pangermanistas militaristas aprovechan a los que emigran organizando en todas partes Sociedades con apariencia de *sport*. En los Estados Unidos, los diez millones de alemanes forman un Estado dentro del Estado, y en el Brasil son dueños absolutos de dos provincias. El *Deutschung in Auslag* sirve de lazo entre las diversas colonias, que preparan en todas partes el terreno, según las instrucciones recibidas, para establecer la hegemonía germánica.» Weterlé termina su artículo diciendo: «Hay mucho de análogo entre la organización de la emigración alemana y las misiones jesuítas.»

Que los franceses, los belgas, los rusos y los ingleses noten, algo tarde por cierto, lo que hay de peligroso en todo esto, se explica, como se explican los anatemas de Mr. Winson Churchul contra el espíritu de *espionaje*. Pero no hay duda que si era a tal organización y a tal mentalidad a la que se refería *El Siglo Futuro* al elogiar el «espíritu de disciplina y de orden del pueblo germánico», estaba en lo justo. Pueden los pueblos hidalgos, como España, encontrar poco simpático un estado nacional de ánimo que convierte a una nación en un ejército de espías. Puede el mundo entero sentir una profunda inquietud ante un método tan perfecto de maquinaciones ocultas. Pueden, en fin, todos los que tienen un vecino prusiano sentir cierto malestar moral. Pero es evidéntísimo que desde el punto de vista de lo que se llama «la preparación a la guerra en tiempo de paz»,

no hay nada en el Universo tan admirable como esa disciplina que, imponiendo un renunciamiento absoluto a cada individuo de una raza, hace de todo un pueblo un ejército siempre en campaña.

El incendio de la catedral de Reims.

25 de septiembre.

No, no es justo hacer responsable al pueblo alemán de la ruina de la catedral de Reims. Los telegramas de Berlín, en los cuales el Gobierno del Káiser se excusa de esta desgracia, tienen un acento de sinceridad que no engaña. Lejos de haber ordenado el bombardeo de las torres venerables, el Estado Mayor prusiano asegura que, desde un principio, recomendó a sus artilleros que hiciesen todo lo posible por no destruir las piedras que los siglos habían respetado.

Que tales palabras no inspiren a los franceses sino glosas de amarga ironía, se explica. En medio de la lucha terrible a que asistimos, los espíritus no logran conservar la calma necesaria para apreciar las fatalidades dolorosas de la guerra.

Cuando un gran poeta, como Romand Roland, después de clamar su odio contra el militarismo triunfante, habla del «alma de la noble Alemania enamorada de los ideales de justicia», sus compatriotas no lo comprenden. En su exasperación elemental, los pueblos hacen siempre responsables de lo que es obra de las armas a toda una nación. Y, sin embargo, desgracias como la que ahora lloramos demuestran que, aun en los momentos de delirio, un país entero se emociona al notar lo que sin querer ha hecho.

Las noticias de la prensa francesa nos hacen ver la

enorme catástrofe como un crimen premeditado. «Sin razones militares—leemos en el último boletín oficial de París—, los alemanes se han encarnizado bombardeando la catedral de Reims, que arde desde ayer.» Y los comentarios agregan que metódicamente, fríamente, ferozmente, los cañones germánicos, colocados en Brimont o en Pompelle, han hecho llover fuego sobre los encajes admirables de las torres y de los pórticos que los siglos habían respetado. Invocando el nombre de Dios, los nuevos bárbaros aumentan el número de altares arruinados, de santuarios asolados.

Pero son, sobre todo, los periódicos ingleses los que se empeñan en demostrar que no puede haber nada de inconsciente en el acto cometido por los alemanes. El *Times* dice: «No hay más que recordar la topografía de Reims para darse cuenta de que el boletín francés no exagera al asegurar que no había razones militares de ningún orden para encarnizarse contra la basílica regia. Colocada en un barrio antiguo, entre callejuelas medievales, era el centro de una isla de remotas evocaciones. A su derredor no había ni cuarteles, ni edificios públicos, ni depósitos de guerra.»

«El incendio—dice el *Daily Mail*—comenzó el sábado, a las cuatro de la tarde. Durante todo el día, las bombas cayeron sobre la ciudad. Entre el alba y el crepúsculo, quinientos obuses fueron lanzados. La víspera, algunos proyectiles habían ya tocado la catedral; pero fué el sábado cuando se notó que las baterías, colocadas a ocho kilómetros, tomaban como punto especial de mira el maravilloso edificio, cuyas torres dominaban el conjunto urbano. Los obuses, sucediéndose regularmente y sin tregua, hicieron una inmensa brecha en los muros. Los enormes sillares, que habían resistido a las tempestades

de ochocientos años, derrumbábanse con un estrépito espantoso. A las cuatro y media, el andamiaje que servía para las reparaciones comenzó a arder. Poco después, las robustas vigas de encina del interior se inflamaron, y el edificio entero fué envuelto en una llama gigantesca. En una de las flechas flotaba, no obstante, la bandera de la Cruz Roja, pues la catedral servía de hospital militar.»

¿Qué podrá contestar Alemania cuando el mundo entero le pida cuentas de este horrible sacrilegio? No lo sé. Pero lo que sí sé es que la noticia del incendio de Reims ha causado en París una impresión mayor, más honda y más triste que la de cualquier derrota. Para calmar el ánimo público, Maurice Barrès escribe en el *Echo*:

«Esos obuses, por lo menos, no caen sobre nuestros soldados, sobre nuestros hermanos, sobre nuestros hijos.»

Sólo que esta frase no engaña a nadie ni consuela a nadie. No. Los batallones, en la guerra, están hechos para destruir y para ser destruídos. Es terrible, sin duda. Mas las maravillas del Arte no tienen nada que ver con las pasiones de los hombres. La única diferencia que existe, justamente, entre los capitanes cuyo nombre merece respeto y los jefes dignos de maldición, es que los primeros no hicieron la guerra sino a los guerreros, mientras los segundos aniquilaron las obras del genio humano. Si veneramos a César, es porque construyó civilizaciones después de destruir ejércitos. Si odiamos a Morosini, es porque echó una bomba sobre el templo de Palas Atenea.

Pero cuando pregunto qué podrá contestar Alemania, cometo una injusticia. No es Alemania, no; no es toda

Alemania la responsable. El país que con tanto respeto estudia la historia del Arte; el país que, gracias a expediciones admirables, ha logrado desenterrar del suelo griego vestigios maravillosos del genio helénico; el gran país de Mommsen, de Goethe, de Nietzsche, no debe cargar con el peso de un crimen horrible de lesa belleza. Para ser equitativos, ni al mismo Emperador se le puede pedir cuentas del incendio de Reims, pues nadie más ardentemente que él ha proclamado siempre su entusiasmo por las reliquias del pasado.

La conciencia germánica, en efecto, siente el peso fatídico de la catástrofe de Reims. Al tratar de explicarla con razones estratégicas, el Gobierno berlinés demuestra que la deplora. ¿Cómo no celebrar, pues, tal excusa cual una promesa? La campaña no ha terminado aún. Ante otras ciudades, otros cañones abrirán sus fauces de fuego. Y los que pensamos en esto, recordando la catástrofe remoisa, nos preguntamos con angustia si otras torres santas no están amenazadas, si la locura destructora no ha condenado de antemano otros santuarios. Y para esta inquietud el despacho alemán es un bálsamo calmante.

«No creáis en un método de barbarie—nos asegura el despacho—, no atribuyáis a todo un pueblo que ha contribuido a la obra civilizadora del mundo, instintos salvajes.»

Esto sólo basta para que nuestros temores de que la Humanidad haya retrocedido de pronto hasta el fondo de los más crueles instintos ancestrales, se disipe.

¡Temor terrible en los días aciagos que atravesamos!

Hace apenas cinco o seis años, todos estábamos convencidos de que nuestro siglo inauguraba una época de cultura, de progreso moral, de fraternidad humana.

La más lejana catástrofe hacía germinar en los corazones de Europa sentimientos de piedad. A través de las fronteras y de los continentes, los países se tendían las manos, tratando de unirse en una actitud de mutuo socorro, de mutua confianza, de mutuo respeto. Los mismos odios de raza velábanse, en el debate de las horas de paz, de suavidades filosóficas. Cada uno, después de proclamar su fe en las superioridades de su sangre, sabía hacer concesiones en honor del adversario. Por encima de los gritos del pueblo, la voz de los sabios formaba un coro universal, cuyas notas no ofrecían ni disonancia ni violencias. Lo que en el pasado era barbarie y ferocidad, parecía abolido para siempre, gracias al trabajo suavizador de la Ciencia y de la conciencia. El Universo entero, en suma, vivía acariciando con orgullo y con confianza un ensueño de perfeccionamiento.

Y he aquí que de pronto el despertar brusco nos precipita en un caos, en el cual encontramos todo lo que creíamos abolido: el odio, la ferocidad, la locura destructora, la inclemencia ciega, la sed de sangre.

¿Es posible?—nos preguntamos, avergonzados y atónitos—. ¿Es posible, en pleno siglo xx, en la época en que el refinamiento ha llegado a ser tan universal que hasta la idea de que los animales sean maltratados nos indigna; en que los esfuerzos reunidos de los pueblos tienen por principal objeto disminuir las miserias de los hombres; en que un accidente cualquiera llena de lágrimas los ojos?

Y los pueblos nos responden:

—No sólo es posible, sino que, además, es casi científico, por lo que tiene de metódico, de voluntario, de premeditado.

Cada uno de los telegramas en que los diferentes

Gobiernos beligerantes denuncian los horrores ajenos, constituye una derrota de los ideales humanitarios. Leyendo los detalles de actos inútiles de violencia, tenemos que decirnos que el hombre, antaño lobo para el hombre, es hoy tigre, chacal, hiena.

«Las mujeres belgas — escribe el canciller alemán — les sacan los ojos a nuestros heridos.»

«Los prusianos — asegura el rey Alberto — fusilan a nuestros campesinos indefensos.»

«Los cosacos — dice el Ministerio austriaco — incendian, saquean, violan.»

Y para alumbrar este espectáculo de dolor y de horror, las catedrales arden como gigantescas antorchas diabólicas.

Así, cuando en medio de tamaño duelo la voz de Alemania se alza para asegurar que si sus cañones en Reims han hecho una obra devastadora, no ha sido por un inútil deseo de destruir, sino por una necesidad que los alemanes son los primeros en lamentar, nuestra conciencia se siente aliviada de algo del peso que la oprime. Porque, ante la lucha actual, cualquiera seguridad de que los buenos sentimientos no han desaparecido del alma humana, vengan de donde vengan, nos hace sentir un poco menos la pena y la vergüenza de ser hombres (1).

(1) El 27 de noviembre, en compañía de algunos periodistas, visité Reims, bajo las bombas, y pude ver que, a pesar de lo que dicen, los alemanes se encarnizan contra la plaza de la catedral. Ante nosotros, a veinte metros de nosotros, una granada incendió el único café que existía frente a la fachada del templo. En la segunda serie de estas crónicas, que aparecerá pronto con el título de *En los campos de batalla*, podrán mis lectores encontrar el relato de mi trágica excursión a Reims.

Franceses y alemanes.

27 de septiembre.

Un soldado herido hablaba con entusiasmo de los actos heroicos de sus compañeros.

— En mi compañía — asegurábanos — no quedó vivo ni un solo oficial. Abandonando sus sables, todos habían empuñado un fusil y luchaban a nuestro lado, alentándonos con palabras de buen humor. Hasta cuando caían heridos hallaban la fuerza de espíritu necesaria para decir una broma. Yo quise ponerle mi mochila delante del pecho a mi capitán, para que estuviera menos expuesto. «Guárdala tú», me dijo. «No», le contesté. «Bueno—terminó—; pues ni tú ni yo.» Y la tiró en medio de una zanja.

— ¿Y los alemanes? — le pregunté.

— Los alemanes se baten como leones—exclamó, poniéndose serio.

Aquel mismo día había yo leído, en un informe del general French, las frases siguientes: «No hay duda de que nuestros hombres dan pruebas de superioridad personal sobre los alemanes. En número igual y aun algo inferior, el resultado de los encuentros no será nunca dudoso.» Y aquel mismo día, según testimonio de Juan Pujol en el *Daily Mirror*, de Londres, un oficial inglés decía: «Cada soldado inglés vale por tres del Káiser.»

Todo esto se lo repetí al francés herido. Su rostro pálido se animó con una sonrisa irónica. Luego, lentamente, murmuró:

— Lo que se cuente contra el valor de los prusianos es injusto.

Hay que hacer a los franceses el honor de reconocer que no son ellos quienes cometen tal injusticia. En Rusia y en Inglaterra, según parece, los periódicos se empeñan en hacer creer al pueblo que sus enemigos actuales huyen despavoridos en cuanto ven a un cosaco o a un higlander. En Francia, noblemente, se reconoce la bravura, la constancia y la resistencia de los soldados germanos. En un principio se les acusó de no saber resistir a la carga a la bayoneta. Luego ha seguido hablándose del poco entusiasmo con que muchos de ellos consideran la guerra. Pero en cuanto se trata de describir una acción, nadie escatima elogios a sus admirables cualidades guerreras.

¿Pasa lo mismo en Alemania cuando se trata de las virtudes francesas?

Creo que sí.

Todos hemos notado, en los comunicados de Berlín, algo como un tratamiento moral de nación más favorecida para con Francia. En las notas que el canciller del Imperio ha dirigido a los americanos, se ve un gran desprecio hacia Rusia, un gran odio hacia Inglaterra y un gran rencor hacia Bélgica. Los periódicos alemanes, por su parte, no contentos con hacerse eco de estos mismos sentimientos, se rien de los alardes flamencos, de la altanería británica y de la lentitud moscovita. Pero en cuanto llegan a hablar de Francia, dijérase que, poniéndose serios, se esfuerzan en cambiar de tono. Para explicar tales diferencias, algunos invocan razones históri-

cas y psicológicas. Habitados desde tiempos muy remotos a luchar contra sus vecinos del Sur, y a vencerlos a veces y a veces a ser vencidos por ellos, los soldados del Káiser vienen al mundo con la idea de que sus verdaderos adversarios son los hijos de las viejas Galias. Verse atacados por ellos no les produce, pues, sorpresa ninguna, mientras hallan en la hostilidad de Inglaterra y de Rusia algo de sorprendente y de inesperado. Que esto sea cierto en parte, no lo dudo. Pero creo también que hay, en lo que pudiera llamarse francofilia tudésca, algo que es respetado por el enemigo digno.

En efecto; si alguien nos hubiera preguntado a los que no estamos en el secreto de los Estados Mayores de qué manera Guillermo II dividiría sus tropas para luchar al mismo tiempo contra cien millones de rusos y contra cuarenta millones de franceses, habríamos dicho: «Mandando la mayor parte de sus fuerzas hacia el Norte.» Los acontecimientos nos hacen ver que al pensar así nos equivocábamos. Hacia el Sur han venido veintitrés cuerpos de ejército, y por la otra frontera no han ido sino cuatro o cinco. Francia, pues, la Francia pacífica, es el adversario temido.

También es el adversario respetado.

Los que hemos viajado por Alemania conocemos la mezcla de admiración y de despecho, de simpatía y de rencor, que los germanos sienten por los galos. Sin duda en los momentos de fiebre patriótica, cuando el pangermanismo atizaba los rencores populares, los puños crispábanse amenazando a los Vosgos. Mas cada vez que el Emperador parecía buscar vías conciliadoras para encaminarse a una política reconciliadora, no había nadie que no suspirara pensando en el poder que representaría en el mundo una alianza franco-alemana.